

# «LA FUERZA ESTÁ CONTIGO»

PODER Y POLÍTICA EN STAR WARS



Primera edición: diciembre de 2020

Título: La Fuerza está contigo. Poder y política en Star Wars

Colección Dagobah

ISBN: 978-84-120466-32

Depósito legal: V-2545-2020

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de la obra ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

© De la edición: Pireo Editorial & Andrés Candela Alcover

© De la colección: Pireo Editorial & Antonio Marín Armero

© De los capítulos: Los autores.

© De la portada: Jonathan Carhuancho

© De las ilustraciones: Juan Pedro Quilón

Pireo Editorial - València

[www.pireoeditorial.com](http://www.pireoeditorial.com) · [pireo@pireoeditorial.com](mailto:pireo@pireoeditorial.com)

Impresión y encuadernación: Byprint Percom SL

Impreso en España. Printed in Spain









# «LA FUERZA ESTÁ CONTIGO»

PODER Y POLÍTICA EN STAR WARS

Editores:

-  Rubén Martínez Dalmau
-  Adoración Guamán

Autores:

-  Marco Aparicio Wilhelmi
-  Manuel Benítez Bolorinos
-  Jorge Chessal Palau
-  Daniel J. García López
-  Ainhoa Lasa López
-  Francisco Olucha-Sánchez
-  Jorge Ramos González
-  José Miguel Sánchez Ocaña

Dagobah



pireoeditorial

«Me ha fallado por última vez, Almirante.»

-Darth Vader-

*El Imperio contraataca (1980)*

# Contenido

Prólogo. El lado oscuro también somos nosotros	9
<i>Juan Carlos Monedero</i>	
I. Introducción. ¿Por qué a (casi) todos nos gusta Star Wars?	21
<i>Rubén Martínez Dalmau y Adoración Guamán</i>	
II. La construcción de un sistema político: ¿Cómo conquistaron el poder los Sith?	29
<i>Francisco Olucha-Sánchez y Jorge Ramos González</i>	
III. «Todo aquel que accede al poder, teme perderlo algún día».	53
<i>Manuel Benítez Bolorinos</i>	
IV. La dialéctica legitimidad económica-democracia económica en Star Wars	79
<i>Ainhoa Lasa López</i>	
V. Comercio y Poder en Star Wars. El caso de la Federación de Comercio	107
<i>Jorge Chessal Palau</i>	
VI. De Corellia a Tatooine: la esclavitud como sostén del Imperio	129
<i>Adoración Guamán y José Miguel Sánchez Ocaña</i>	

VII. Contra el Imperio. Resistencia, plurinacionalidad y la defensa de lo común	167
<i>Marco Aparicio Wilhelmi</i>	
VIII. Dentro de mí, la misma fuerza	187
<i>Daniel J. García López</i>	
IX. «Percibo mucho miedo en ti». Política y antipolítica en Star Wars	213
<i>Rubén Martínez Dalmau</i>	
Literatura Jedi y referencias galácticas	235
Padawanes, androides y rebeldes	247



## Prólogo.

# El lado oscuro también somos nosotros

(Aunque la fuerza nunca abandona a un buen desobediente)

---

Juan Carlos Monedero  
Universidad Complutense de Madrid

### STAR WARS ¿OTRA PELÍCULA DEL OESTE?

Como hiciera la teología con los dramas clásicos, las ciencias sociales más despiertas han incorporado la cultura popular como un elemento clave para entender la *polis*. Lo tiene que hacer la ciencia política porque también lo hace la política. El Departamento de Estado norteamericano está implicado en la industria de los videojuegos y prácticamente el cien por cien de las películas bélicas. George Bush, como contó Salmon en su ya clásico *Storytelling*, copió de Top Gun para representar el fin de la guerra de Irak<sup>1</sup>. No concebimos a Ronald Reagan sin Rambo. En sociedades saturadas audiovisualmente, no es solo que la cultura ayude a entender la política, sino que la cultura -películas, series, bestsellers, hits- constituyen una parte relevante de la política. Un desesperado Donald Trump despedía la campaña electoral de noviembre de 2020 con el YMCA de Village People.

Los norteamericanos hacen western y los españoles comedias de capa y espada (que tanto influyeron, seguro, en

---

<sup>1</sup> Christian Salmon, *Storytelling: La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, Madrid, Península, 2008.

*Titanic*). En los dramas hispánicos, mueren los malos y en las películas norteamericanas suelen morir los buenos. Los españoles son católicos y los norteamericanos eclécticos. Los gringos tienen a Superman y los hispanos a Súper López. Los norteamericanos perdieron la guerra de Vietnam en Hanoi pero la ganaron en Hollywood. Echaron al Rey de Inglaterra en el siglo XVIII y desde entonces andan soñando con imperios y nombran a Presidentes que parezcan emperadores.

La primera trilogía de *Star Wars* tiene el optimismo de la voluntad de unos adolescentes que creen que pueden cambiar el rumbo de las cosas. La segunda trilogía, el pesimismo de la reflexión, donde el desengaño y la complejidad del mundo hace que ya no esté tan claro quiénes son los buenos y quiénes los malos. Unos personajes parecen marcados por un destino inexorable y otros, como hizo Corto Maltés (a quien tanto se parece Han Solo) reescriben con una navaja su línea de la vida en la palma de la mano.

Entre el primer y el último capítulo de *Star Wars* han pasado cuatro décadas. No es lo mismo perder la guerra de Vietnam que ganar la guerra de Irak. No es lo mismo criticar el apoyo de la CIA al golpe de Estado contra Salvador Allende en Chile que ver cómo dos aviones entran en las torres gemelas en directo en los informativos. La épica se desinfla y la función debe continuar.

Es verdad que nunca los espectadores son agentes pasivos. Cada cual en cada lugar y momento toma de las películas lo que necesita, aunque nos empeñemos en intentar saber qué quiso realmente decir el director. Que la Princesa Leia se termine marchando con Han Solo no deja de ser, podríamos pensar desde España con el Rey Emérito fugado en Abu Dhabi, un alegato republicano. La heredera se queda con el pícaro piloto que, ya viejo y despreocupado, podría perfectamente terminar perdiendo el sello real y el palacio en una timba en el planeta Corellia (por el contrario, los hijos de grandes hombres llevan la carga del apellido por los cementerios, como Hamlet o Luke



Skywalker). *Star Wars* es cultura popular porque ya no les pertenece a sus autores.

*Star Wars* arrastra algunos problemas de la nación norteamericana, ese país que después de dar lecciones al mundo sobre democracia cometió la tropelía de hacer Presidente de los Estados Unidos a Donald Trump (además de organizar por sistema guerras e invasiones lejos de sus fronteras). Eso de que el lado oscuro esté siempre acechando y que haya una fuerza bondadosa que se parece al recurso último de las películas de Walt Disney es una fuente inagotable del cine. Igual que en toda la literatura occidental aparece o es un viaje, sea La Odisea, el Nuevo Testamento, Hamlet, Don Quijote o Luces de Bohemia.

Pero *Star Wars* no es otra película más del Oeste. Es más una película de la guerra civil norteamericana porque el enemigo está dentro.

#### DARTH VADER CLAUSURA LA GUERRA FRÍA

La Guerra de las galaxias es pura cultura de masas, un referente cinematográfico tan potente que a Ronald Reagan le pareció bien que se bautizara así su acometida definitiva contra la Unión Soviética en el último tramo de la guerra fría (Lucas le puso un pleito al Presidente por robarle el nombre, pero lo perdió).

La «guerra de las galaxias» de la administración norteamericana se vendió como un «escudo antimisiles» que se iba a colgar en la estratosfera, pero en verdad se trataba del control del espacio como una forma de controlar los satélites y, por tanto, las comunicaciones.

El 12 de abril de 1961, Yuri Gagarin se fue a buscar a dios al cielo. La órbita terrestre había sido alcanzada a bordo de la cápsula Vostok y a la vuelta dijo, irónico, que no había encontrado a dios en ningún lado.

Si los malditos rusos se les habían adelantado siendo los primeros en ir al espacio, los norteamericanos tenían que ganar la guerra espacial. Aquél gran paso en la historia de los *homo sapiens* de Armstrong pisando la luna en 1969 no bastaba. «Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad», una frase que podría haber dicho, en su halo de armonía, Yoda. Pero a los gringos les sabía a poco, porque la guerra fría era también una guerra de propaganda.

Y no faltaba ironía. El 4 de octubre de 1957, los soviéticos colocaban el primer satélite como una nueva luz en el firmamento. El Sputnik, emitía señales de radio a la tierra, como prueba de que la comunicación era posible. Los norteamericanos intentaron decodificar ese mensaje. Quizá los comunistas habían descubierto algo que podría poner en peligro para siempre a los Estados Unidos. Ese «bip» no contenía mensaje de ningún tipo. Era solo eso, un «bip», pero alertó a la inteligencia norteamericana de la importancia de no perder esa carrera.

El Señor escribe recto con renglones torcidos. La bomba nuclear soviética, desarrollada después de que se lanzaran las de Hiroshima y Nagasaki, era más pesada que la norteamericana. Eso los llevó a tener que desarrollar cohetes más poderosos que les acercaron antes al espacio. Pero ahí se terminó la ventaja soviética. La URSS que hereda Gorbachov en 1980 estaba exhausta. No tenía músculo financiero para enfrentar la revolución informática. Reagan lo entendió: si les apretamos, les desangramos. Se trataba de ganar de una vez por todas la guerra fría y de que Francis Fukuyama, un funcionario del Departamento de Estado norteamericano, pudiera escribir *El fin de la historia*. La guerra de las galaxias de Reagan terminó por devastar la maltrecha economía soviética. La *Star Wars* de George Lucas era un ajuste de cuentas personal por las promesas incumplidas de su generación.

En 1977, cuando se estrenó la primera película de la saga, *Star Wars: Episodio IV - Una nueva esperanza*, la URSS ya había

empezado a perder pie. Estaba, además, a punto de embarcarse en la fallida aventura de Afganistán, que rompería el frágil equilibrio de una Unión Soviética en donde ya estaban estallando, alimentadas por los Estados Unidos, las disidencias islámicas. Cuando George Lucas empieza la llamada *precuela* de *Star Wars*, en 1993 –*Star Wars II: la amenaza fantasma*, que finalmente se emitiría en 1999– la Unión Soviética ya no existía. *Star Wars* no puede entenderse sin el contexto de la guerra fría y su desarrollo. De la misma manera que no puede entenderse sin la guerra de Vietnam, el Watergate, los asesinatos de líderes políticos y el mayo del 68.

ESTÁ ESCRITO EN LAS ESTRELLAS...: STAR WARS COMO PREMONICIÓN

La condición “predeonitoria” de *Star Wars* tiene mucho que ver con la época en la que nace, como decíamos después del mayo del 68, cuando Estados Unidos ya ha perdido la guerra de Vietnam y la izquierda empieza su gran crisis (la crisis del keynesianismo) de la cual todavía no se ha levantado<sup>2</sup>. No deja de ser curioso que la más famosa frase de Yoda, «Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes», recuerda mucho a una máxima budista: «camina o párate, pero no te tambalees», lo que viene a dar esa aura zen que tantos ven en la serie y que convierte a *Star Wars* en un adelantado de los libros de autoayuda.

De la misma manera, *Star Wars* es una de las primeras grandes series, antes de que Netflix o HBO existieran. Intuía que una gran historia necesitaba tiempo para ser contada. Y no se trataba, como hacen muchas series incurriendo en trampas insoportables, de alargar el guion por mor del éxito. Es que hacía falta ahondar y eso reclamaba seguir narrando.

Por cerrar esa condición de precursora, la confusión de la época, una característica de un mundo en donde nos cambiaron las preguntas cuando teníamos las respuestas, atraviesa toda la

---

<sup>2</sup> Toni Judt, *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2010.

serie y es uno de sus grandes atractivos. *Star Wars* es el mundo de la globalización neoliberal (por eso el hampa en la serie es un hampa global) y los verdaderos problemas solo pueden resolverse supranacionalmente.

Hay en la serie un elemento que no es coyuntural, sino que forma parte de toda la literatura humana desde Homero: siempre queremos regresar a un pasado donde todo iba mejor. No en vano, al tiempo que arrancaba el guion de *La guerra de las Galaxias*, Lucas grababa *American Graffiti*, donde narra lo que pueden hacer los norteamericanos que no podían irse a luchar al espacio contra el Imperio después de terminar ese útero materno demorado que es la *High School*.

No es gratuito que en *Star Wars*, los «buenos» sean los desobedientes –la *Alianza Rebelde*–. Son los que hacen Política con mayúsculas frente a la aristotélica política degenerada de los imperiales conspiradores. Son los rebeldes los que inyectan *política* –conflicto– en el injusto orden existente. Los que se la juegan, los que arriesgan, los que no tienen miedo y, además, tienen empatía. La figura de Leia Organa representa, pese a su blancura, ese feminismo negro y mestizo que puso el cuerpo en las luchas feministas desde mayo del 68. Leia, tiene el coraje de quedarse a gobernar la Resistencia organizada y, pese a su condición aristocrática decide mancharse las manos para transformar las cosas a favor de las mayorías.

Pedro Vallín diría que *Star Wars* es de izquierdas, como buena parte del cine de Hollywood.<sup>3</sup> Hay que leer detenidamente *La fuerza está contigo. Poder y Política en Star Wars* para saber a favor de quién pelean el derecho y los rebeldes en la saga. Y aquí está prohibido hacer spoiler.

No creo políticamente en los finales donde te salva ningún héroe. Aunque para terminar de confundir todo, en *Star Wars*,

---

<sup>3</sup> Pedro Vallín, *Me cago en Godard!*, Barcelona, Arpa, 2020.

los buenos son los malos antes de volver a ser buenos para quizá después regresar al lado oscuro. Aunque no siempre. La Segunda Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos de América protege el derecho del pueblo estadounidense a poseer y portar armas. Quizá por eso en el imaginario norteamericano, matan a los héroes.

#### ¿QUIÉN ESCRIBIÓ LA HISTORIA DE LOS VENCIDOS?

En *Star Wars* hay algo contundente: el que gana escribe la historia. Si pierdes, serás un canalla y un terrorista. Si ganas, serás un padre de la patria. «Hoy es el fin de un régimen que ha consentido el desorden. La Nueva República miente a la galaxia mientras apoya en secreto la traición de la repugnante resistencia. Todos se someterán y en su memoria recordarán que hoy es el último día de la República». Así arengaba a sus tropas el ambicioso General Armitage Hux. La apelación al orden casi siempre es conservadora, porque los que menos tienen o los que anhelan algo necesitan que el orden cambie para que puedan tener una oportunidad. Por eso, la antipolítica –la petición de orden basada en el miedo al desorden– viene siempre de la mano del autoritarismo.

Como plantea Rubén Martínez Dalmau, «Toda la saga de *Star Wars* destila un permanente conflicto entre la necesidad y a la vez la desconfianza hacia los políticos y la política». Es una lucha entre la tesis y la antítesis que, como si George Lucas fuera un buen hegeliano, se zanja, irremediabilmente, con una síntesis, que tiene parte de la tesis y parte de la antítesis. En la política de la democracia parlamentaria, nadie gana todo ni pierde todo. Por eso todos, aunque con variantes, juegan un juego similar. Se trata de lograr que el «equilibrio» caiga del lado de las mayorías y no de los privilegiados. ¿Eso nos hace a todos de centro? En *Star Wars: la amenaza fantasma* hay una ciudad radical donde todo es posible, una ciudad multicultural, espontánea, puro *far west*. Solo allí James Dean puede volver a

jugársela conduciendo un coche sin límites. Pero allí la vida no vale gran cosa.

En la saga original, el universo político norteamericano aparece constantemente. Decía Marx que los valores dominantes son los valores de las clases dominantes. *Star Wars* nos lanza *urbi et orbe* su mensaje y desde cualquier rincón del planeta leemos el mundo con sus claves (como hacemos con los *Simpson* o igual que todo lo que conocemos de la mafia se lo debemos a *El padrino* y *Los Soprano*). Pero su filosofía ¿es del país de las hamburguesas o va más allá? No deja de ser fascinante, como recuerda Martínez Dalmau, que en el doblaje español de una frase central de la saga que pronuncia Obi Wan, los traductores traidores se vieron en la obligación de tunearla: «I'm not brave enough for politics», «No tengo valor suficiente para la política», dice Obi Wan para no ir a una reunión después de haberse jugado la vida para que esa reunión fuera posible. La traducción castellana rezaba: «los políticos me dan pánico». Que recuerda mucho a la frase que Franco habría supuestamente dicho a un Ministro de su gobierno: «haga como yo y no se meta en política».

No es lo mismo venir de una revolución contra la monarquía inglesa que de un golpe militar extinguido por la extinción biológica del dictador. Por esto mismo, y como desarrollan Adoración Guamán y José Miguel Sánchez, la esclavitud, el elefante en la habitación de la política norteamericana, es una idea central en la saga que, no en vano, se ocupa del linaje esclavo de la familia Skywalker.

La expresión máxima de la política es la guerra, igual que la expresión máxima de la economía es la escasez. Si hay abundancia no hace falta la economía, de la misma manera que si no hay conflicto no hace falta la política. Von Clausewitz, en su tratado sobre la guerra, lo expresó con contundencia: «la guerra es la continuación de la política por otros medios». Lenin le dio la vuelta a la frase para decir lo mismo: «la política es la continuación de la guerra por otros medios». La política siempre

es gestión del conflicto y por eso la democracia es el menos malo de los sistemas, porque reparte el poder y, por tanto, no solo hace corresponsables a los ciudadanos de las cosas que afectan a todos, sino que pone contrapesos al ejercicio del poder. ¿La discusión en *Star Wars* es una discusión entre la política y la antipolítica o entre la democracia y el autoritarismo?

Hay, como decíamos, algo indudable: la antipolítica conduce inexorablemente al autoritarismo. Es una constante en este libro: «la antipolítica es el lado oscuro de la política, apela a sutiles mecanismos para hacernos creer que no es política y, llevada al extremo, la antipolítica siempre invoca al autoritarismo». Aunque Martínez Dalmau es un optimista cuando cree que *Star Wars* nos puede dar claves para derrotar a la oscuridad usando la fuerza (eso con lo que se describe la suma de todas las empatías de la humanidad). La fuerza falla. Los norteamericanos no fueron capaces de evitar que Trump ganara unas elecciones y crearon un monstruo nacido de una decisión más o menos democrática.

Sea buscado o un hallazgo no querido, el Imperio es la quintaesencia de lo que en el siglo XX representó el fascismo: un poder único sin fórmulas intermedias, una simbología basada en la razón (pura geometría) pero cuyos ángulos ciegos se rellenan con emocionalidad de sumisión, y un ejército que ejerce el monopolio de la violencia física automática (adelantándose al *Juez Dredd* o a *Terminator*). Como en el cuadro de Goya *Los fusilamientos del tres de Mayo*, ese ejército implacable y ajeno a la compasión, que mata al pueblo indefenso, no solamente va vestido igual –uni-formado– sino que no tiene rostro y, por tanto, no tiene gestualidad. En tiempos de pandemia y rostros ocultos con mascarillas no deja de producir aún más susto. Con la extrema derecha recrecida en Europa y en Estados Unidos, *Star Wars* puede formar parte de una *Introducción a los derechos humanos*.

QUE LA FUERZA TE COLOQUE EN EL LADO CORRECTO DE LA HISTORIA...

Hay una idea que acompaña a este luminoso libro editado por Martínez Dalmau y Guamán: saber en qué lado de la historia te colocas. Es verdad que a fuerza de combatir, los Jedi y los Sith pueden terminar pareciéndose. Pero no luchan por lo mismo. Unos mantienen privilegios. Otros los destierran. Porque desde que el *homo sapiens sapiens* se hizo sedentario y empezó a construir su *historia moderna*, esa es la gran pregunta de la política. Porque no nos interesa Maquiavelo con sus recetas para mantener el poder, sino en las razones por las que sirve de algo mantener y ejercer el poder (es el capítulo de Manuel Benítez Bolorinos, recordando, con el Emperador Palpatine, que «Todo aquel que accede al poder, teme perderlo algún día»).

Cualquier ser humano puede ayudar a desplegar la conciencia, esto es, a ensanchar la libertad, la igualdad y la fraternidad a un mayor número de personas e, incluso, a las generaciones futuras (como recuerda Marco Aparicio en su capítulo, ahí están también, pese a las ocultaciones del patriarcado y el extractivismo, las mujeres y la naturaleza). O puede refrenarlo.

Mirando a la historia, puedes estar con Craso y Pompeyo o con Espartaco y los esclavos; puedes estar con Poncio Pilatos o con Jesucristo; con Carlos I y Torquemada o con los comuneros castellanos y las germanías levantinas; con Lutero y los príncipes o con Thomas Müntzer y los campesinos alemanes; con Fernando VII y los cien mil hijos de San Luis o con Rafael del Riego, el Empecinado y los liberales; con Franco o con Azaña, Negrín y los republicanos; con Hitler y Mussolini o con los partisanos y la resistencia; con Israel o con Palestina; con Luke Skywalker, Han Solo y Leia o con el lado oscuro.

La fuerza, eso que guía a los que quieren situarse en el lado correcto de la historia, es la resiliencia humana. Es la capacidad de continuar esta aventura apelando al arma más poderosa que



encontramos los humanos para sobrevivir: la empatía. De las tres grandes promesas de la Ilustración -libertad, igualdad y fraternidad- la que es propia de la amplia familia de la emancipación es la de la fraternidad.<sup>4</sup> La libertad es la condición de que podamos actuar y la igualdad un objetivo. Pero es la fraternidad la que construye la política porque es la que alimenta la desobediencia y no hace *el mal*. El motor de la historia no son las desigualdades, sino la conciencia de las desigualdades que decide ponerse en marcha. La fraternidad. Amar tanto a los demás que te juegas la vida. El amor, que es lo que une a los que luchan contra la oscuridad en *Star Wars*. Una oscuridad que siempre es imperialista sobre otros pueblos, otros cuerpos, otros recursos, otras ideas y otros sueños.

Y dejémoslo aquí, a ver si encima de un universo expandido como el de *Star Wars* vamos a crear un prólogo expandido.

---

<sup>4</sup> Juan Carlos Monedero, *La izquierda que asaltó al algoritmo: Fraternidad y digna rabia en tiempos del big data*, Madrid, Catarata, 2020.



# Episodio I







## Introducción.

# ¿Por qué a (casi) todos nos gusta Star Wars?

---

Rubén Martínez Dalmau y Adoración Guamán  
Universitat de València

Criaturas de diversas galaxias, cazas estelares surcando los cielos, velocidad de la luz, destructores imperiales que emiten sonidos planetarios, órdenes antiguas perdidas en la memoria, desiertos inabarcables, sables de luz... Estaréis de acuerdo con nosotros, a (casi) todos nos gusta Star Wars.

Podríamos pensar que funciona al estilo de una buena receta como la que permanecía escrita en una libreta deslucida y que cada vez que se cocina sale el mejor de los platos concebibles. Pero si fuera exactamente así muchos platos al estilo Star Wars hubieran cosechado fantásticos resultados y también conseguirían que tembláramos de emoción al primer acorde de su sintonía. No ha ocurrido de esa manera, y los que hay, anteriores o posteriores (con permiso de los *trekkies*), no han satisfecho todas las expectativas. Por eso sería de ingenuos pensar que Star Wars es simplemente una amalgama de recursos conjugados siguiendo el ritual del cine y cuyo resultado es la saga más conocida e influyente en la cultura popular en el mundo. Hasta quienes no les gusta Star Wars, y todos hemos conocido a alguien, reconocen que algo hay distinto en la historia galáctica para hacernos saltar de nuestra butaca y notar cómo se nos acelera el pulso (y no, afortunadamente no son lo midiclorianos).

«La fuerza es lo que le da al jedi su poder», le dice sonriente Obi Wan al joven y sorprendido Skywalker en las memorables escenas de Tatooine, en *Una nueva esperanza*. “Es un campo de energía creado por todas las cosas vivientes. Nos rodea, penetra en nosotros y mantiene unida la galaxia». Podríamos usar la analogía de la fuerza para resumir en qué consiste el hecho diferencial de Star Wars que explica por qué nos gusta tanto: es un campo de energía presente en toda la saga. La rodea, penetra en ella y mantiene unida la galaxia. Y a nosotros en ella. Si no es por la intensa presencia de la fuerza, ¿cómo se explicaría que nos sintiéramos atrapados en la historia de Star Wars desde casi el primer fotograma que empieza con letras inclinadas anunciando un Episodio IV? ¿Quién no se sintió descolocado en aquel momento mientras se preguntaba «¿Qué me he perdido?»?

A estas alturas ya sabemos que al final a (casi) todos nos gusta Star Wars por la fuerza. Percibimos la intensidad de la fuerza en la saga. Porque la fuerza impregna su mitología, determina su razón de ser, apela a nuestros sentimientos más primarios y nos hace abrir los ojos ante una realidad que a partir de entonces ya no tenemos más remedio que aceptar: la fuerza no es solo para hacer el bien, sirve también (y mucho) para hacer el mal. Es más, sin el lado oscuro de la fuerza no existiría su lado luminoso. Luchar contra el lado oscuro implica necesariamente conocerlo.

La fuerza en el mundo del futuro –esto es, nuestro mundo, porque Star Wars se desarrolla hace mucho tiempo– se llama Poder y Derecho. Quienes no tenemos un senado galáctico plurinacional al que se llega desde los rincones más recónditos de la galaxia pero conocemos o hemos estado en asambleas legislativas varias sabemos que la fuerza está en tener algún voto más que el grupo político que plantea la propuesta contraria. Allá donde no existe un Consejo Jedi formado por sabios y místicos guardianes pero se cuenta con un diario oficial o con un presupuesto para ejecutar políticas públicas, sabemos que son

mecanismos si no idóneos sí al menos necesarios para decidir sobre la vida de nuestras sociedades. Es mucho más prosaico que levantar piedras con la mente, pero vaya, es nuestro mundo.

La fuerza está por tanto íntimamente vinculada al ejercicio institucionalizado del poder y Star Wars nos avisa sobre los peligrosos devaneos con el lado oscuro que se dan en estas instancias palaciegas. Sin embargo, y ahí radica una de las grandes virtudes del relato, la saga también pivota en torno a la(s) lucha(s) por el poder y al concepto de rebelión que se engarza capítulo a capítulo en una revuelta permanente y diversa, avivada por su profunda relación con los ideales de justicia y democracia. Ahí, en el sacrificio de la vicealmirante Holdo que mira a la muerte mientras se mantiene en el puesto de mando, erguida con dignidad frente a la Primera Orden, radica una buena parte del lado luminoso de la fuerza.

La saga atrapa (o libera) por tanto a quienes no hemos participado nunca en una incursión de cazas contra la Estrella de la Muerte pero hemos sido parte de distintas movilizaciones populares. Cada victoria en cada base rebelde nos apela a un relato vital de luchas en defensa de los derechos humanos y de la naturaleza, de la democracia y de la dignidad. Ese elogio de la rebelión en busca de la liberación frente a la tiranía tiene como imagen icónica la figura de Leia pero también, y ahí radica otra de las virtudes de la saga, refleja la convivencia y la diversidad entre los pueblos galácticos, que se unen en torno a una lucha común donde la solidaridad es la base para librar batallas que en muchos casos parecían imposibles de ganar. La lucha de los Ewoks contra los soldados imperiales describe la desigualdad existente en tantos proyectos de transformación que han marcado nuestra historia vital y política. Desde el conflicto social y jurídico observamos cómo la construcción desde abajo de un orden alternativo ha empezado en muchas ocasiones en torno a un pequeño grupo de rebeldes que, entre la ingenuidad y la esperanza, decidieron apostar por lo que parecía imposible.

Nada se explicita en cambio sobre cómo se ejercerá el poder una vez derrotado el imperio ¿Dejarán Poe, Finn o Rey el lugar de mando a esos políticos a los que no soportaba Obi-Wan? ¿Bastará la impronta de Leia y sus vice-almirantas para mantener el uso del Derecho y del poder vinculado al lado luminoso? No nos lo dicen, pero confiamos en que así será. Sabemos que el Derecho puede ser un instrumento estratégico de efectiva alteración de las prácticas reales vigentes capaz de impulsar la construcción normativa de una sociedad más justa, democrática y participativa, que garantice (sin nunca reemplazar) el resultado de las luchas e intereses sociales. Tal vez ahí radique otra de las virtudes de la saga, la evidencia de que los procesos de luchas sociales en busca de la dignidad humana nunca finalizan, que las luchas culturales, sociales, económicas y políticas por conseguir vidas dignas son un motor social y que son imprescindibles para evitar que el poder institucional, lo tenga quien lo tenga, pivote hacia el lado oscuro.

Y no es fácil. La contraposición de Palpatine con Leia, del terror frente a la esperanza, de la uniformidad frente a la pluralidad, de la dictadura, en fin, frente a la democracia, relatan modelos antagonistas. Pero no todo es tan sencillo. Personajes como Cassian Andor, por no mencionar al propio Anakin y por supuesto Kylo Ren, nos indican que la línea entre la luz y la oscuridad, aun cuando crees que haces lo correcto, es fina. No traspasarla nunca, permanecer vinculados al mandato de las luchas sociales que sostuvieron a la rebelión sería, si la saga hubiera continuado, uno de los grandes retos de los futuros gobernantes de la República Galáctica.

Con toda su complejidad, la fuerza se presenta de manera intensa en las páginas de este libro. Entendemos que el uso de categorías de la cultura popular para explicar conceptos derivados de la economía, el Derecho, la ciencia política o la sociología puede no estar bien vista por todo el mundo. Coinciden, de hecho, con aquellos (pocos) a los que no les gusta



Star Wars, y que posiblemente no sepan distinguir entre un wookiee y un gungan (pista: el wookiee es el que tiene pelo, y de los gungan... mejor pasemos disimuladamente del tema). Pero nuestra experiencia es que funciona, y que se aprende mucho a través de la comparación con formantes culturales que se han incorporado a nuestra manera de entender el mundo, que nos resultan atractivos, y que cuentan con un potencial que reclama ser aprovechado. También la cultura popular es recorrida y penetrada por la fuerza, y por ello los elementos comunes nos sirven para explorar el conocimiento de categorías sociales con las que nos encontramos todos los días. Por eso entendemos que la apuesta de explicar fundamentos sobre el poder y el Derecho desde Star Wars no solo es arrebatadoramente divertida, sino sorprendentemente útil para el conocimiento. Si además lo hacen docentes, profesoras y profesores de varias universidades, profesionales reconocidos, que han pasado sí o sí por la escuela de padawanes, entonces sí podemos confirmar que hemos aprendido del maestro Qui-Gon Jinn: «Concéntrate en el momento. Siente, no pienses. Usa tu instinto».

Y a los (casi) que no les gusta Star Wars... bueno, ellos posiblemente prefieran permanecer en Kamino, más allá de los territorios del Outer Rim, en el borde de las regiones desconocidas, donde no llega el orden o solo hay orden, nadie sabe qué hay. Pero no todo está perdido: quizá podamos proponerles una temporada en Dagobah buscando a un gran guerrero jedi («la guerra no hace a nadie grande») y encontrándose con criaturas que no son lo que aparentan y que les podría ayudar a reconocer la intensidad de la fuerza. Que lo hagan o que no lo hagan, pero que no lo intenten.

Este es el camino, rebeldes.